

CAPITULO VII.

CAMPAÑA DE ITALIA.— CUARTA ÉPOCA.

GENERALES EN JEFE : BONAPARTE, ALVINZI.

(Desde 20 de noviembre hasta 2 de febrero de 1797, día de la toma de Mántua.)

EL mismo día en que Bonaparte cogia el laurel de Arcola, el mayor poder de la Europa se apagaba en el norte; Catalina II murió. Esta muerte, acaso inesperada porque fue natural, era para la Francia, y vino á ser para su general un gran favor de la fortuna. Catalina, hasta entonces, habia prodigado sus promesas á las coaliciones y sus amenazas á los republicanos franceses. Pero su política habia querido aguardar que se debilitasen sus amigos y sus aliados, para presentarse de repente sobre el teatro de la guerra con una fuerza preponderante. Iba á firmar un tratado de alianza y de subsidios con la Inglaterra, cuando mu-

rió en San Petersburgo el 17 de noviembre, de un ataque de apoplejia. Pablo I°, padre del emperador reinante, sea para vengarse de la dependencia y de la separacion de todo negocio en que le habia tenido su madre, sea por una ambiciosa sagacidad que le hizo descubrir nuevos intereses en una conducta opuesta, Pablo rompió todos los lazos de Catalina, y con este escándalo político que no se le perdonó, aturdió á los Franceses y espantó á los reyes coligados.

Dos hechos importantes tuvieron igualmente lugar en los últimos días de diciembre. El 20, despues de dos meses de conferencias inútiles, el Directorio despidió á lord Malmesbury; y cuatro días mas tarde, una escuadra aparejó en Brest para transportar á Irlanda un ejército bajo las órdenes de Hoche, general ya ilustre, á quien una muerte pronta y violenta arrebató, poco despues, con menoscabo de la República. La tempestad disipó esta expedición, cuyo objeto era arrancar la Irlanda á la Inglaterra, y establecer en aquella isla una plaza de armas política y marítima contra la Gran-Bretaña.

Entretanto, la permanencia en Milan hizo

seis mil hombres presentes bajo las banderas, y Wurmser veinte y cinco mil en Mántua. El Papa armaba en la Romaña, para dar la mano á Wurmser, luego que se hallase libre del bloqueo. La idea de este proyecto se halló indicada en una carta cogida á un agente de la corte de Viena, al momento en que atravesaba el último puesto del ejército que cercaba á Mántua. Esta carta, que el Emperador habia escrito al feld-mariscal Alvinzi, estaba dirigida así por este último desde Trento al feld-mariscal Wurmser, el 13 de diciembre 1796.

« Tengo el honor de transmitir inmediatamente á V. E. literalmente, y en el mismo idioma en que las he recibido, las órdenes de S. M. con fecha del 5 de este mes (diciembre). — Cuidad de dar aviso sin tardar al mariscal Wurmser para que siga continuando en las operaciones. Le hareis saber que espero de su valor y de su celo que defenderá á Mántua hasta el último extremo; que le conozco demasiado, así como á los valientes generales que se hallan con él, para temer que se entregue prisionero. Sobre todo, si se tratase de transportar la guarnicion á Francia en vez de enviarla en

» mis Estados, deseo que en el caso en que se
» viese reducido al último extremo, y se hallase sin recursos para la subsistencia, halle los medios, despues de haber destruido en cuanto sea posible todo cuanto en Mántua puede con preferencia ser útil al enemigo, y llevándose la parte de las tropas que se hallan en estado de seguirle, se dirija y pase el Pó, marche sobre Ferrara y Bolonia, y vaya en caso necesario, hácia Roma ó á Toscana. Hallará por aquella parte, muy pocos enemigos y buena voluntad para abastecer á sus tropas, para lo cual, si fuere menester, usará de la fuerza, así como para superar cualquier otro obstáculo.

» FRANCISCO. »

« Un hombre seguro, cadete en el regimiento de....., entregará esta carta importante á V. E. Añadiré que la situacion actual y las necesidades del ejército no permiten intentar nuevas operaciones antes de tres semanas ó un mes, sin exponerse de nuevo al peligro de no salir bien. No puedo insistir bastante con V. E. para que se mantenga lo mas que pueda en Mántua.....; la

» orden de S. M., por otra parte, sirviéndole
» de direccion general.

» ALVINZI. »

En estas circunstancias, el Directorio, impaciente de restablecer la paz entre la República y la casa de Austria, y zeloso tambien de quitar á Bonaparte la facultad de tratar con el enemigo, envió poderes al general Clarke para negociar un armisticio con Alvinzi. « Si no se hubiese tenido consideracion » sino con la situacion de este ejército, escri- » bia el general en gefe al Directorio, era de » desear que se hubiese aguardado la toma de » Mántua; pues me temo que un armisticio, » antes de ser dueños de aquella plaza, no nos » proporcionará la paz, y será exclusivamente » ventajoso para Viena y Roma. » Pero la corte de Viena, demasiado orgullosa para entrar tan pronto en arreglos con el Directorio, eludió esta negociacion que dió lugar á una correspondencia insignificante. Bonaparte habia entendido el único modo de negociar con el Austria, que era batir á Alvinzi. Por este medio solo, podia triunfar de los escrúpulos de la casa imperial, y no necesitaba del carácter di-

plomático que tenia el general Clarke para todas las conferencias de paz. Hubo para la forma, en Vicencia, á principios de enero de 1797, una entrevista entre Mr. de Vincent y el general Clarke; pero no fue sino un ardid de guerra de parte del Austria. El Directorio, conformándose con la opinion del general en gefe, retardó la ida de Clarke á Viena, hasta despues de la toma de Mántua. Las cartas de Bonaparte al Directorio fueron tambien la guia de su política, con respecto á la corte de Roma, como lo eran relativamente á la corte de Viena. « Si el Emperador, decia el general » en gefe, quiere incluir el Papa en el tratado, » el armisticio nos hará perder á Mántua, al » dinero de Roma, y *dará tiempo* al Papa » para organizar una fuerza militar con oficia- » les austriacos. Esto pondria todas las casua- » lidades contra nosotros en la próxima cam- » paña. » (*Carta del 28 de diciembre.*) Bonaparte pronosticó lo que sucedió.

El ejército frances constaba de cuarenta y cinco mil hombres, á saber: treinta y un mil en el ejército de observacion, y catorce mil en las plazas ó en el cerco de Mántua; formaba cinco divisiones. Su fuerza era inferior

de dos terceras partes á las de los Austriacos; pero tenia por gefe al general Bonaparte, cuyos tenientes eran Massena, Augereau, Joubert, Ney y Serrurier. Ademas de la posicion atrincherada de la Corona, ocupabamos á Verona, á Leñano, á Peschiera, á Pizzighitone, á Brescia, á Bergamo, á Fuentes, á Ferrara, y á Urbino. El cerco y la toma de Mántua por los Franceses; la marcha sobre aquella ciudad y libertarla para los Austriacos, continuaban el tema de toda la campaña y las expediciones militares, dirigidas incesantemente hácia el punto central de accion, al cabo debian venir á parar en los alrededores de Mántua, hasta su rendicion.

El plan actual de los Austriacos era obrar sobre Mántua con dos ejércitos independientes, con el fin de libertar al tercero que se hallaba prisionero dentro de la plaza. El ejército activo del enemigo constaba de sesenta y cinco mil hombres. Alvinzi se puso á la cabeza de cuarenta y cinco mil, y marchó desde Basano sobre Roveredo. Provera, el mismo general que fue cogido prisionero en Cosaria, manejaba unos veinte mil, con los que se situó en Pádua, para obrar sobre el bajo Adige.

Bonaparte, con treinta y cinco mil hombres bajo sus banderas, y con ocho ó diez mil que cercaban á Mántua, tenia que luchar contra cuatro ejércitos, á saber: uno de cuarenta mil hombres, mandado por Alvinzi; otro de veinte mil por Provera; el de veinte y cuatro mil encerrado dentro de Mántua, y que debia ocasionar la ruina de los Franceses si Alvinzi y Provera lograban libertar á Mántua; en fin, el Papa presentaba contra nosotros cinco ó seis mil hombres, ademas de aquella inmensa poblacion que, bajo las armas espirituales, estaba aguardando el triunfo de los Austriacos, para renovar unas sangrientas vísperas. Tampoco debia olvidarse la conjuracion secreta de los príncipes, de la nobleza y del clero que, aliados, amigos y enemigos de la República, estaban prontos á la menor desgracia á romper los tratados y á acudir al socorro del vencedor. Bonaparte maniobraba á la faz del cielo sobre la tierra de la conspiracion; tenia por precision que triunfar en todas partes. Tenia que vencer con sus treinta mil hombres, desde las sierras del Tirol hasta el Capitolio. Tenia que apoderarse de Mántua que le era imposible cercar una cuarta vez. Tambien tenia me-

dido el tiempo; le quedaban tres semanas para vencer ó morir.

Massena fue quien empezó. Atacado , el 12 , en San Miguel por una division de Provera , le rechazó persiguiéndole hasta Caldiero , y le cogió novecientos hombres. Bonaparte estaba en Verona. Durante su mansion en Bolonia , habia sabido el movimiento de Provera sobre Pádua. Por un golpe hábil de política , opuso los Italianos de las nuevas repúblicas , á los Italianos del ejército pontifical , y les abandonó la defensa de sus fronteras. De este modo pudo disponer de los tres mil Franceses que estaban en Bolonia ; los envió á Ferrara , fue á Roverbella y volvió á Verona para recibir los prisioneros de Massena. Entró en línea de operaciones , y mandó replegar los valientes de Massena detras de aquella ciudad. Habiendo salido así del desfiladero , pudo hacer manio-
brar libremente todas sus tropas , y solo necesitó conocer el punto de accion de los Austriacos , para dirigir allí sus fuerzas , es decir , sus veinte y dos mil hombres. Augereau le dió parte , desde Leñano , que el enemigo estaba en movimientosobre el bajo Adige. El 15 , Joubert le escribia: «He seguido perfectamente vuestras

» disposiciones , para el ataque de la Corona.
» El suceso ha sido mayor que mis esperanzas.
» Tres cañones , cuatro á cinco mil prisioneros ,
» y el mismo Alvinzi precipitado entre los pe-
» ñascos y escapándose como un guerrillero
» sobre el Adige y sin soldados.» Esta carta es-
taba escrita en el calor del campo de batalla ,
pues , á pesar de sus ventajas , Joubert en-
vuelto sobre su izquierda por una division
que amenazaba cortarle por el lado de Pes-
chiera , y sobre su derecha por otra division ,
que habia pasado el Adige en Dolce , habia
tenido que andar toda la noche para ocupar
con una brigada la altura de Rivoli á una le-
gua de Dolce. Bonaparte habia escogido el
campo de su victoria ; mandó á Joubert que
se mantuviese en la altura , y que detuviese á
Alvinzi , que esperaba rendir , con su numeroso
ejército , la pequeña division que se le oponia ;
pero el viejo general ignoraba que su jóven
contrario le aguardaba detras de la posicion
de Joubert , y que Massena obraba sobre su
izquierda ; la inmensa superioridad de sus
fuerzas dió al general austriaco la confianza
que le habia de perder. El general Bonaparte
estaba enterado de todos los proyectos de los

enemigos. Sabia que dos cuerpos de ejército marchaban contra nosotros; el principal por Monte Baldo, mandado por Alvinzi; y el otro, menos numeroso, mandado por Provera, sobre el bajo Adige. Augereau que estaba en Leónano tenia el encargo de cerrar á este último el paso del rio. El 15, escribia al general en jefe: «El dia se ha pasado en hacer disposiciones para cortar la retirada á la columna de Provera. Espero saber mañana que queda completamente batido. Le desafio que pueda llegar al Adige....»

Alvinzi se adelantó hácia la altura de Rivoli, con el fin de reunirse con su caballería y su artillería. No habia un momento que perder para impedirle que lograra sus fines. Esta necesidad no se ocultó á la sagacidad del general en jefe, y dió lugar al movimiento de noche, por el que se precipitó á marcha forzada, con sus veinte mil hombres, sobre Rivoli. Este era el motivo de la orden que habia recibido Joubert de mantenerse hasta el último momento. Bonaparte llegó despues de las doce de la noche á Rivoli, precediendo á su ejército algunas horas. Se aprovechó de la claridad de la luna para observar las fuerzas de su contrario. Dis-

tinguió cinco acampamentos, y discurrió, viendo los fuegos del bivaque, que tenia enfrente mas de cuarenta mil hombres, lo que hacia dos contra uno; pero teniamos sesenta cañones y alguna caballería. Contó cuatro columnas de ataque; la de Lusiñan, la mas lejana, parecia destinada á cercar por detras la altura de Rivoli: otra columna, que importaba sobre todo impedir que tomara parte en la accion (era la de la caballería y de la artillería), estaba mandada por Quasdanowich con catorce batallones y todos los equipages del ejército. Estaba esperando el dia, ó por mejor decir el movimiento de Alvinzi, para unirsele. Sobre la orilla izquierda del Adige, Wukassowich estaba mandando la tercera columna. Alvinzi, que solo veia enfrente de sí á la division de Joubert, estaba muy ageno de creer que este general iba á atacarle aquella misma noche.

Tal es sin embargo, la orden que recibió Joubert. Volvió á tomar la ofensiva, y, á las cuatro de la mañana, ocupó la capilla de San Marcos que tuvo que evacuar la víspera. La gran batalla se empeñó. Joubert, persiguiendo sus sucesos, rechazó la cuarta columna sobre

conocer á Bonaparte toda la parcialidad de la neutralidad de Venecia á favor del ejército de Alvinzi. Poco satisfecho de la conducta de esta ciudad, durante la campaña, habia dicho á su vuelta á las autoridades de Milan: « Si no me hubiese faltado el dinero por vuestra culpa, y si mis soldados hubiesen tenido zapatos, hubiera destruido al ejército austriaco, tomado á Mántua y cogido catorce mil prisioneros. La posesion de Verona, Brescia, Bergamo y Crema depende de la caída de aquella plaza. *Así como habia abatido las alas del águila, hubiera aterrado al Leon.* » En efecto el Leon de San Marcos cubrió repentinamente la tierra firme de la república con levas extraordinarias. Armados por el proveedor Otolini, los montañeses de Bergamo habian bajado á los llanos. Nuevos regimientos esclavones y dalmatas desembarcaban diariamente en las lagunas. Esta gran fermentacion estaba apenas contenida con la presencia de un ejército victorioso, que empezaba á disfrutar con recelo la hospitalidad de la neutralidad veneciana.

Bonaparte hacia la guerra al Austria sobre los volcanes de la Italia. El general en gefe y

Venecia vivian en un estado de observacion recíproca. Una prudencia necesaria encubria sus designios recíprocos; Venecia se abstenia de provocaciones abiertas, porque el ejército estaba presente. Bonaparte, por su lado, diferia su venganza, por que Mántua no estaba tomado aun. Tenia tropas en los castillos de Verona y Brescia, y en fin puso igualmente una guarnicion el 25 de diciembre en el de Bergamo. No existia aun sino una lucha de política armada, cuya forma iba á ser mudada por una traicion execrable. Con la esperanza de atraer á los Franceses en el fondo de la Italia, la corte de Roma, sostenida por los preparativos de la corte de Viena y por las seguridades dadas por su embajador, se habia quitado la máscara y habia roto el tratado de Bolonia. Este modo de hacer la guerra no dejaba de tener inconvenientes para el ejército frances, pues le obligaba á esparcirse hasta las orillas del Tibre. El 6 de enero, cuatro mil Italianos y tres mil Franceses ocuparon á Bolonia. Los dos Estados de Venecia y de Roma apoyaban, el uno su conspiracion, el otro su rompimiento, sobre las fuerzas considerables de Alvinzi y de Wurmser. Alvinzi tenia setenta y